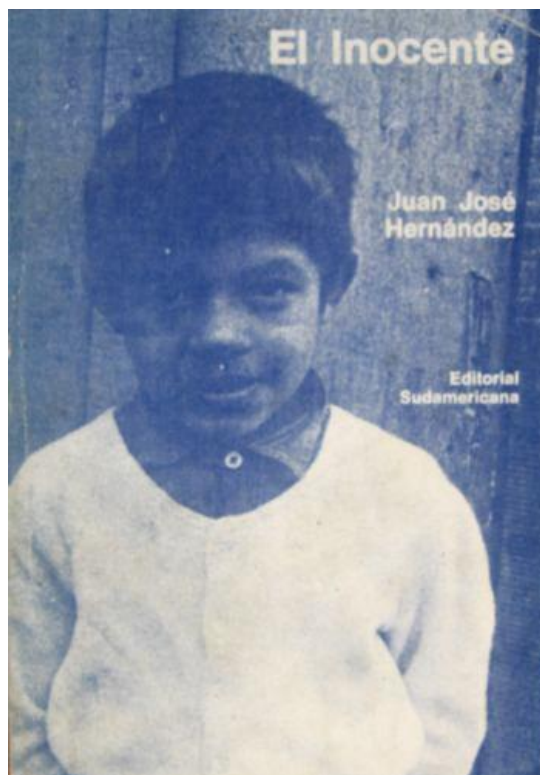


## Juan José Hernández: una sociedad marginada entre crueldades y suburbios

Liliana Massara<sup>1</sup>  
Universidad Nacional de Tucumán

Juan José Hernández. *El inocente*. Buenos Aires, Sudamericana. 1965, 183pg



Juan José Hernández (1931-2007), tucumano, luego del intento de estudiar medicina en Rosario, se radica, a sus 31 años, en Buenos Aires. Se inicia en la poesía con *Negada permanencia* (1952), entre otros poemarios que demostrarán su genuina dosis poética. En 1965 ya ha publicado *El inocente*, un libro de cuentos que persiste en la memoria cultural tucumana, tanto como su única novela, *La ciudad de los sueños* (1971), obras que pertenecieron al canon tucumano entre los años '60 y '80 del siglo XX, reivindicados hoy por la docencia y el área de investigación y en la docencia universitaria.

Hernández fue parte de un núcleo de escritores históricamente representativos de las vanguardias en los ámbitos de la cultura y de las producciones creativas como el grupo

---

<sup>1</sup> Profesora y Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán. Fue Profesora Titular en las Cátedras de Literatura Argentina I y Literatura Argentina del NOA, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán; Directora del Instituto Interdisciplinario de Literaturas Argentina y Comparadas (IILAC); Miembro del Consejo Editor del Departamento de Publicaciones en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT. Es Miembro de la Red Interuniversitaria de Literaturas de la Argentina, (RELA). Ha dirigido la serie *Narrar la Argentina*. Es directora de la revista digital *Confabulaciones*, en la UNT. Es colaboradora de la Página Literaria de *La Gaceta*. Entre sus publicaciones, un ensayo crítico *Escrituras del yo en color sepia*. Ha participado en varias antologías de microrrelatos. *Cuadernos de Penélope* (2021) es su última publicación en el género de la microficción. E-mail: elemme13@gmail.com

de Florida en Buenos Aires, alrededor de la Revista *Sur*. Allí fue amigo de Silvina Ocampo y de Pepe Bianco. Se integra junto a esta comunidad literaria que marca un hito, lo que significa en él una particularidad, dado el reconocimiento que tiene por el centro, cuando las provincias dependían de esas fuerzas de poder omnipresentes que no generaban mayores lazos, ni se relacionaban con obras de escritores del NOA, salvo contadas excepciones como la figura de Canal Feijóo de Santiago del Estero, o Julio Ardiles Gray, escritor/periodista con importante desenvolvimiento en la capital tucumana.

Hernández es un escritor que pertenece a la generación del '55 y que en los años '70 ya ha ingresado al campo literario, pero con alguna fisura ante la llegada de la dictadura de Onganía en 1966; con un peronismo, que entre 1973 y 1974 genera tensiones dado que la obra de Hernández es crítica de este movimiento político, y con la dictadura de 1976.

Lo interesante en esta generación es que hay un proceso de transformación por dos razones: 1- una periferia que es mirada por el centro; 2- una periferia que se mira a sí misma con otra conciencia social, entendiéndolas como una estructura que articula y observa problemáticas de índole sociocultural que van despertando ante una sociedad en crisis, y, sobre todo, porque mira una periferia sentida como una “estructura de sentimiento” al decir de Raymond Williams (1980), sostenido en su estudio por Victoria Cohen Imach en *De utopías y desencantos. Campo intelectual y periferia en la Argentina de los sesenta* (1995).

Son épocas en que estas periferias provincianas comienzan a hacer escuchar su voz desde la literatura, a través de voces como las de Juan José Hernández, Daniel Moyano, Héctor Tizón, a lo que se suma la importancia de una crítica central que los reconoce y los analiza. Muchos de ellos no están consagrados todavía, pero comienzan a nombrarse individualmente y luego como un cuerpo literario del noroeste, como una comunidad de escritoras con estilo propio. De Elvira Orphée ya se habla en los '60; Josefina Delgado y Luis Gregorich destacan a Moyano y Hernández en un estudio de 1967 en una 2da. edición de CEAL. Hernández había publicado *El inocente* (1965), pero Moyano ya poseía cuatro libros de cuentos: *Artistas de variedades* (1960), *El rescate* (1963), *La lombriz* (1964) y *El fuego interrumpido* (1967), además de una novela de 1966, actualmente reeditada por Caballo Negro de Córdoba: *Una luz muy lejana*, (2022), obra

muy importante que en su momento ingresa al canon de la literatura argentina, formando parte de los circuitos académicos en las universidades públicas de provincias.

Hernández descubre y mira alrededor de su espacio provinciano de modos diferentes, alejado de todo sentimentalismo. Lo nostálgico no está en sus propósitos escriturarios; por tanto, no se encuentran en su obra narrada localismos exacerbados, si bien plantea los conflictos capital / interior, las migraciones internas, la marginalidad social y la chatura provinciana, alejada de las exquisita época dorada del azúcar que se mira en el espejo de la cultura europea, y en la presencia de ricos franceses en contacto con la oligarquía terrateniente tucumana.

Juanjo, como le decían muchos por Tucumán, radicado en Buenos Aires, ha recorrido con su mirada una geografía pueblerina y urbana, con un tono y una lengua con algunas singularidades tucumanas y norteñas que se filtran a partir del registro de su zona de origen, en las épocas de juventud; su prosa, cada tanto recargada de oralidad, parece escucharse más que leerse; sus personajes adquieren una carnadura que no es rural pero tampoco identificable con la urbe: más bien, son los suburbios en donde está concentrada la estratificación social.

Lejos de los años del grupo de La Carpa, entre las décadas de 1940-1950, sus cuentos apelan a una palabra “situada”, justa y precisa, para darle ese fondo sintético de tucumanidad que tienen los espacios por donde caminan y conviven sus personajes.

En sus narraciones hay un tono poético; al compás de la dureza de algunas situaciones, se soslaya el Hernández que también anda en son de versos, tal como el que se va mezclando con las siestas doradas del color de las naranjas que la abuela ablanda y pincha en su superficie superior para extraer el jugoso dulzor. Los nietos las robaban de la finca de un inglés que tenía tremendo perros guardianes:

En su quinta había un tipo de naranja de piel muy fina, extremadamente dulce, que a Julia y a mí nos desagradaba, pero que hacía las delicias de la abuela, no solo a causa de su sabor, sino porque las características del fruto le permitían un curioso entretenimiento. (1996, 9)

Un observador de la realidad que la dice sin abrumar, con la palabra justa; un escritor que apela al realismo con “la callada elocuencia de las cosas” y “las cosas no se callan”

porque el universo no es silencioso: hasta “el caracol suena”, como expresa Marcelo Cohen en *Notas sobre la literatura y el sonido de las cosas* (2017).

Hay una geografía situada, con sus ríos, montañas y *un hábitat* acompañado de una palabra “situada” que da el detalle sin demorar en él, que apela a lo popular en los giros lingüísticos, en las estructuras identitarias del lugar; una territorialización que se afirma en el andar cruzando las vías y llegando a los suburbios, o, aquella que se remite a la clase alta que pasea por la retreta de la plaza principal donde viven “los dueños de la tierra”. Está la permanente presencia de los fantasmas de la exclusión socio/cultural; las problemáticas de género sexual son constantes, la crueldad en los niños como una fuerza interna/externa que suma a este andar construyendo periferias y “sus culturas bastardas”. En sus cuentos, se destacan los espacios de pobreza, de carencias económicas y afectivas, la inmoralidad, la promiscuidad, los despojamientos que padecen los pobres, la construcción de las clases “acomodadas” para reiterar la figura de la estratificación social.

En las representaciones narradas que realiza el autor sobre la realidad conforman una visión de mundo a través de múltiples voces, entre dominantes y subordinadas, que (tal como refiere Bajtín) son voces por las que se permite relacionar conciencias sociales que intervienen entre diferentes espacios del suburbio urbano y de la capital tucumana. Temporalidades variadas en donde establece puentes entre lo periférico / popular; un observador meticulado, reflexivo al respecto; profundo, incisivo al captar y poner en voz la conciencia social periférica. Sin embargo, muchos textos fueron escritos desde Buenos Aires.

En los cuentos de *El inocente* (1965), la infancia protagoniza el espacio narrado desde los ojos del niño que mira a su entorno y a los adultos, atravesados por el cotidiano vivir de seres que habitan los márgenes y representan identidades zonales. Voces de niños y adultos por donde se filtra el sentido popular de las cosas, creencias, refraneros, prácticas y actitudes a través de las que el narrador construye una sociedad marginal, con marcadas diferencias de clase, como Teresa, la mamá de Rudecindo, “el inocente”, y el tío Esteban (un dandy tucumano) un extravagante; una secuencia, además, y como en otras de la obra, donde se sugiere nombrando objetos la época, caso de la máquina de coser, la Singer que posee Teresa, la cual se vincula sutilmente, al período de los actos solidarios de Eva Perón con las mujeres para ofrecerles posibilidades laborales.

Los modos de escritura de este tucumano son perspicaces; suenan más allá de lo que se lee en la superficie; suele ingresar por los laterales de la narración con sutileza. Se

evidencia a un sujeto que revive la memoria de la zona a la manera de un sociólogo que camina su provincia y representa una sociedad con desvíos sexuales, con niños desentrañando mentiras, observando e imitando la hipocresía de los adultos y la tensión generada entre las clases.

Sus personajes, habitantes de las periferias, también generan recursos para ahuyentar, por medio de sueños, de fantasías y deseos, formas de creer que se puede proyectar algún futuro, lo que les permite soportar las carencias que padecen, la incompletitud como seres humanos y la inevitable exclusión social. Se advierte una necesidad de apelar a lo imaginario, a lo que Fredric Jameson denomina, en *Documentos de cultura, documentos de barbarie* (1979), “figuras de horizonte”.

El territorio del NOA, San Miguel de Tucumán y la provincia, operan en *El inocente* y en todos los libros de cuentos posteriores, como un discurso ideologizado, con problemáticas propias del lugar y de los tiempos, generalmente, entre el peronismo y su caída, pero su narrativa no es folklórica, ni cargada de localismos, mucho menos pintoresquista. Su palabra es precisa; apela a lo situado tenue, como elemento necesario, indispensable para que los personajes y sus conciencias desarrollen sus experiencias vitales y los trastornos que las carencias ocasionan en una provincia altamente conservadora.

#### Referencias

Juan José Hernández (1996), "El inocente" en *Así es mamá*, Espasa Calpe Argentina, Seix Barral, Biblioteca breve.